

MARIA

Juan Pablo II

En la mujer encinta (del Apocalipsis) que da a luz un hijo, ante un dragón rojo como la sangre enfurecido con ella y con el que ha engendrado, la tradición cristiana, litúrgica y artística, ha visto la imagen de María, la madre de Cristo.

Sin embargo, según la intención original del autor sagrado, si el nacimiento del niño representa la venida del Mesías, la mujer personifica evidentemente al pueblo de Dios, es decir, el Israel bíblico, o sea, la Iglesia. La interpretación mariana no está en contraste con el sentido eclesial del texto, ya que María es figura de la Iglesia.

En lo profundo de la comunidad fiel aparece por tanto el perfil de la Madre del Mesías. Contra María y la Iglesia se levanta el dragón, que evoca a Satanás y el mal, como lo indica la simbología del Antiguo Testamento: el color rojo es signo de guerra, de masacre, de sangre derramada; las «siete cabezas» coronadas indican un poder inmenso; mientras que los «diez cuernos» evocan la fuerza impresionante de la bestia, descrita por el profeta Daniel, imagen también del poder prevaricador que amenaza a la historia.

El bien y el mal, por tanto, se enfrentan. María, su Hijo y la Iglesia representan la aparente debilidad y pequeñez del amor, de la verdad, de la justicia. Contra ellos se desencadena la monstruosa energía devastadora de la violencia, de la mentira, de la injusticia. Pero el canto que sella el pasaje nos recuerda que el veredicto definitivo

es confiado a la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo.

Ciertamente en el tiempo de la historia, la Iglesia puede verse obligada a refugiarse en el desierto, como el antiguo Israel en marcha hacia la tierra prometida. El desierto, entre otras cosas, es el refugio tradicional de los perseguidos, es el ámbito secreto y sereno donde se ofrece la protección divina. Ahora bien, en este refugio la mujer permanece sólo durante un período de tiempo limitado, como subraya el Apocalipsis. El tiempo de la angustia, de la persecución, de la prueba no es, por tanto, definitivo: al final, vendrá la liberación y será la hora de la gloria.

Contemplando este misterio desde una perspectiva mariana, podemos afirmar que María, junto a su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos. La Iglesia deber mirar hacia ella, que es su madre y modelo, para comprender el sentido de su propia misión en plenitud.

Fijemos, entonces, nuestra mirada en María, imagen de la Iglesia peregrina en el desierto de la historia, que se dirige a la meta gloriosa de la Jerusalén celeste, donde resplandecerá como Esposa del Cor-




dero, Cristo Señor. La Iglesia de Oriente honra a la Madre de Dios como la «Odigitria», la que «indica el camino», es decir, Cristo, único mediador que lleva en plenitud al Padre. El poeta francés Paul Claudel ve en ella «la criatura en su estado original y en su lozanía final, como surgió de Dios en la mañana de su esplendor original».

En su inmaculada concepción, María es el modelo perfecto de la criatura humana, llena desde el inicio de esa gracia divina que sostiene y transfigura a la criatura, que escoge siempre, en su libertad, el camino de Dios. De este modo, en su gloriosa ascensión al cielo, María es la imagen de la criatura llamada por Cristo resucitado a alcanzar, al final de la historia, la plenitud de la comunión con Dios en la resurrección a una eternidad bienaventurada. Para la Iglesia, que experimenta con frecuencia el peso de la historia y el asedio del mal, la Madre de Cristo es el emblema lumi-

noso de la humanidad redimida y abrazada por la gracia que salva.

La meta última de la vicisitud humana llegará cuando «Dios sea todo en todo» y, como anuncia el Apocalipsis, cuando «el mar deje de existir», para explicar que el signo del caos destructor y del mal será finalmente eliminado. Entonces la Iglesia se presentará ante Cristo «como una novia ataviada para su

esposo». Esa será la hora de la intimidad y del amor sin fisuras. Pero ya desde ahora, al mirar a la Virgen elevada al cielo, la Iglesia comienza a experimentar la alegría que le será ofrecida en plenitud al final de los tiempos. En la peregrinación de fe a través de la historia, María acompaña a la Iglesia como modelo de la comunión eclesial en la fe, en la caridad y en la unión con Cristo. Eternamente presente en

el misterio de Cristo, ella está, en medio de los apóstoles, en el corazón mismo de la Iglesia naciente y de la Iglesia de todos los tiempos. Efectivamente, la Iglesia fue congregada en el cenáculo con María, que era la Madre de Jesús, y con sus hermanos. No se puede, por tanto, hablar de Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor, con sus hermanos. 

¿Qué puede aportar María a los jóvenes de hoy?

Atravesada la etapa infantil, muchos jóvenes comienzan a abandonar la imagen que tienen de María. En general, si los jóvenes son indiferentes religiosamente, es normal que muchos de ellos no sientan mucho entusiasmo ante la figura de María.

Sin embargo, una lectura actual y profunda de la vida de María nos lleva a descubrir unos valores y actitudes que pueden ser útiles para muchos jóvenes en sus vidas; o para muchos que andamos metidos en medio de la vida de los jóvenes. Algunas de estas enseñanzas pueden ser:

Ante unos jóvenes preocupados por vivir deprisa, por vivir pendientes de acontecimientos superficiales (fútbol, vida de famosos y



famosillos, horóscopos, el mito del fin de semana...), María enseña a vivir con intensidad el momento presente, a afrontar las situaciones y problemas como vienen, a intentar buscarles una solución y a no dejarlos “aparcados” creyendo que ellos solos se resolverán. María mira la vida de frente, como viene.

Ante la falta de ilusiones y esperanzas ante el futuro, María enseña a tener confianza. Ella, una vez dicho el “Sí”, comienza su andadura con temor y temblor, con miedo e in-

certidumbre, pero tiene la certeza de que Dios no la abandona nunca. María enseña a andar por la vida confiando en los demás, en los amigos, en la familia, en Dios. Mirar más allá de lo que uno está viviendo ahora y trabajar como si todo dependiera de uno y rezar como si todo dependiera de Dios.

Ante unos compromisos puntuales, María enseña a vivir permanentemente enamorados de la vida, a mejorar este mundo. La entrega de María a Dios es radical, y su actitud ante los demás total.

Ante una juventud que cada vez sabe menos de fe, María con su vida enseña que sin fe no se puede vivir. La fe es la que da el sentido a lo que Ella hace y es. Tener fe es experimentar que Dios vive en nosotros, y que esta fe hay que cuidarla, alimentarla y cultivarla. 